

MÁS QUE PALABRAS: OTROS MUNDOS. POR UNA GEOGRAFÍA CULTURAL CRÍTICA¹

Anna Clua

Universidad Autónoma de Barcelona.
Departamento de Periodismo

Perla Zusman

Universidad Autónoma de Barcelona.
Departamento de Geografía

RESUMEN

El actual marco político requiere la recuperación de los objetivos iniciales de los estudios culturales y la geografía cultural. Esto significa tomar en cuenta el carácter interdisciplinar y comprometido de la producción de conocimiento, la interacción de la cultura con los dominios económico y político y la articulación crítica entre espacio y cultura. Dentro de este marco se toma como punto de partida los objetivos fundacionales de los estudios culturales que nutrieron las geografías culturales de base neomarxista y el posterior giro cultural. A continuación, a través del trabajo de Nancy Fraser, se plantea una propuesta interpretativa que busca trazar un puente entre estas perspectivas de estudio y los requerimientos de las actua-les políticas culturales. Por último y a partir de la lectura de Henri Lefebvre realizada por Edward Soja, se revisan las perspectivas críticas desarrolladas sobre el espacio y sus connotaciones culturales, o sobre la cultura y sus connotaciones espaciales. En las conclusiones se ofrece una agenda de líneas de investigación que surgen de la propuesta teórica presentada.

Palabras clave: estudios culturales, geografía cultural, geografía crítica, espacio, política, interdisciplinariedad.

Fecha de recepción: marzo de 2003.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

¹ El presente título encuentra parte de su inspiración en la denominación que Cris Philo dio a dos de sus trabajos: *New Words, New Worlds. Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College, 1991 y «Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al «giro cultural» y a la geografía social», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34, 1999.

ABSTRACT

The current political framework requires the recovery of the initial purposes of cultural studies and cultural geography. It means to take into account the interdisciplinary and committed character of the production of knowledge, the interaction between culture and political and economic realms, and the critical articulation among space and culture. Within this framework the starting points of the paper are the foundational aims of cultural studies that nourished neomarxist cultural geographies and the subsequent cultural turn. Afterwards, through the work of Nancy Fraser, an interpretive proposal is presented that seeks to draw a bridge between these perspectives and the requests of present cultural politics. Finally and from the reading of Henri Lefebvre carried out by Edward Soja, critical perspectives on the space and their cultural connotations, or on the culture and their spatial connotations are reconsidered. Conclusions offer some research issues arisen from the theoretical proposal.

Key words: cultural studies, cultural geography, critical geography, space, politics, interdisciplinary.

No a la guerra.

1. INTRODUCCIÓN

La geografía cultural desarrollada en las últimas décadas se ha constituido comprometida con el cambio social. No obstante, la definición de ese campo (y sus horizontes) ha generado un intenso debate. Son precisamente las discusiones que ha generado la práctica de la geografía cultural (allende de sus propias fronteras) lo que le atribuye en parte su carácter crítico. Ante esta premisa surge el planteamiento del presente artículo. Nuestro objetivo no es, pues, posicionarnos como defensoras o detractoras de una geografía cultural dada por hecha (confundiéndola con la forma en que ésta es expresada últimamente como «geografía de moda»), sino indagar las articulaciones de un debate interdisciplinar que mantiene viva la reflexión entorno al «giro cultural» y que dota de coherencia un proyecto académico que es también un proyecto político.

El actual planteamiento científico de la cuestión cultural como estudio de particularidades identitarias (y no tanto como estudio de procesos sociales estructurales) se ha hecho portavoz de la manera en que la cultura es representada y promovida desde las instituciones que representan y promueven el poder establecido. Desde dichos ámbitos institucionalizados se propone una concepción de la cultura que «celebra» las diferencias, que privilegia lo «micro» y lo puntual como escala de análisis, que describe el primer plano sin explicar su trasfondo. Este discurso hegemónico habla poco de las condiciones cambiantes en que se desarrollan las prácticas culturales, y todavía habla menos del riesgo de que las diferencias descritas se transformen en desigualdades asumidas.

El texto que aquí presentamos busca cuestionar este planteamiento de lo cultural y, por lo tanto, poner en duda las prácticas científicas «establecidas» y poco reflexivas. Para ello tomamos como punto de partida los objetivos fundacionales de los estudios culturales que nutrie-

ron las geografías culturales de base neomarxista, sobre todo a partir de la década de 1980. En un primer apartado nos referimos brevemente al proyecto inicial de los estudios culturales. En segundo lugar, presentamos a través de un texto de Cosgrove la influencia de ese proyecto en el planteamiento de una geografía «radical». En tercer lugar, se expone el rumbo que ha seguido la geografía crítica a partir del «giro cultural» de la década de 1990, tomando como referentes las numerosas críticas que ha suscitado esa «nueva geografía». Constatamos, así, la falta de continuidad entre el proyecto inicial de los estudios culturales y lo que hoy en día viene definiéndose como «geografía cultural», teniendo en cuenta que el compromiso político, por un lado, y la interdisciplinariedad, por otro, son los aspectos clave que garantizarían esta continuidad. Es dentro de este marco que presentamos, a través del trabajo de Nancy Fraser, una propuesta interpretativa que trace un puente entre estas perspectivas de estudio y los requerimientos de las actuales políticas culturales. A ello dedicaremos el cuarto apartado en este artículo. Por último, pretendemos que estas formulaciones sirvan de base para repensar las perspectivas críticas desarrolladas sobre el espacio y sus connotaciones culturales, o sobre la cultura y sus connotaciones espaciales. La lectura de Henri Lefebvre que realiza Edward Soja nos ha parecido una buena forma de abrir las puertas a una redefinición de la tensa relación entre espacio y cultura.

2. EL PROYECTO POLÍTICO DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

En el año 1964 se constituye el Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CECC) en el Departamento de Inglés de la Universidad de Birmingham. Sus mentores (principalmente Richard Hoggart, Edward P. Thompson, Raymond Williams y Stuart Hall), comprometidos con la Nueva Izquierda británica, pretendían crear un ámbito de investigación crítica y comprometida. Esta iniciativa afectó las bases epistemológicas del trabajo científico ya que fue una forma de reivindicar la legitimidad del papel activo del investigador en pro del cambio social (por ejemplo, a través de su participación en la educación para adultos de clase obrera)².

El proyecto impulsado desde el CECC afectó también las bases teóricas del ámbito de investigación. En primer lugar, se incorporó la cultura al campo de la teoría marxista, y en segundo lugar se incluyeron en la definición de «cultura» las formas de expresión de la identidad de las clases populares.

La postura marxista está en la base de la interpretación teórica de los estudios culturales. Pero no se trata de una postura fácil, ya que se pretende huir de un marxismo que (en el contexto de los años 60) se pudiera confundir con una postura dogmática. A través de una propuesta como la del materialismo cultural elaborada por Raymond Williams, la cultura no aparece como superestructura, sino como un componente activo en la producción de la realidad. Por lo tanto, a través de ella se tejen relaciones de poder. Es decir, la cultura es planteada como un ámbito donde estudiar las relaciones de dominación, lucha y contestación.

2 Stuart Hall plantea el reto que implica pensar desde el proyecto político que define a los estudios culturales a partir del reconocimiento de «la tensión existente entre el rechazo a cerrar el campo, a ordenarlo, y, al mismo tiempo, una determinación en mantener determinadas posiciones y luchar por ellas» (Hall, 2000: 12).

Este tipo de análisis permite entender por qué la postura marxista heterodoxa de Antonio Gramsci fue considerada como un referente para el desarrollo del proyecto del CECC. En este sentido, el concepto de «hegemonía» desarrollado por el pensador italiano cumplió un papel muy importante. Otro concepto de Gramsci que se recuperó desde Birmingham, y que también nos interesa destacar aquí, fue el de «intelectual orgánico». Hall, en un trabajo donde analiza el legado teórico de los estudios culturales, destaca el doble significado que adquirió el concepto de «intelectual orgánico» en la definición del proyecto político de la investigación. Por un lado, significaba «estar a la vanguardia del trabajo teórico» y, simultáneamente, «responsabilizarse de transmitir esos conocimientos a aquellos que profesionalmente no pertenecen a la clase intelectual» (Hall, 2000: 17). Avance teórico y compromiso político eran, pues, dos términos indisolubles del proyecto de los estudios culturales en sus inicios.

3. POR UNA GEOGRAFÍA CULTURAL «RADICAL»

Tomando como referente el proyecto inicial de los Estudios Culturales Denis Cosgrove publicó un texto en 1983 donde reivindicaba para la geografía cultural la posibilidad de ser el ámbito desde donde se expresara de forma más contundente la crítica a la práctica extendida del «marxismo vulgar».

Cosgrove desarrolla aquí un interesante análisis sobre la forma en que se han producido tanto el encuentro como el distanciamiento entre el marxismo y la geografía cultural. El autor habla, por un lado, del encuentro que supone partir de un mismo planteamiento ontológico (aquel que reconoce la relación dialéctica entre realidad material y realidad social) y, por otro lado, del distanciamiento cada vez mayor entre la práctica del marxismo y el pensamiento original de Marx. Este distanciamiento, según el autor, sólo produce una tendencia al mal uso y la consecuente mala interpretación de las ideas marxistas (especialmente del modelo «base-superestructura»). Es decir, se supedita la profundización en su filosofía dialéctica a la reproducción irreflexiva de la idea de que «marxismo» es igual a «determinismo económico».

El argumento de Cosgrove a favor de una geografía cultural más «radical» plantea la necesidad de hacer una lectura del marxismo más reflexiva. De hecho, él mismo reconoce que no intenta decir nada nuevo, sino más bien recuperar aquello sobre lo que ya se habían pronunciado otros autores, más allá de los límites de la geografía en tanto que disciplina. De este modo, el autor no sólo formuló una crítica al tipo dominante de organización del conocimiento en la academia, sino que analizó además las aportaciones que podía hacer la geografía al estudio «radical» de la cultura (un terreno hasta entonces poco polemizado, poco politizado y poco planteado como campo desde donde pensar la participación del investigador en la sociedad). Estas aportaciones de la geografía al estudio «radical» de la cultura son, según el autor, tres. En primer lugar: «El reconocimiento de que cada formación social y económica está ligada a, producida en, y reproduciendo en sí misma, un paisaje específico». Para el autor, este reconocimiento implica la adopción de métodos de investigación que permitan observar la compleja formación de significados alrededor de los paisajes humanos, sin dejar de observar su historicidad. En segundo lugar: la constatación de que los discursos hegemónicos implican la reproducción interesada de una determinada concepción del espacio. «Como poder simbólico en una sociedad clasista —dice Cosgrove— la

ideología se apropia y reproduce el espacio de cara a legitimar y mantener la dominación». Y en tercer lugar: el desarrollo de la geografía cultural como «práctica revolucionaria» que «vaya más allá de las asunciones y de las atribuciones de sentido común de nuestro culturalmente-construido mundo capitalista. (...) La geografía cultural, entonces, puede seguir el ejemplo de Gramsci de luchar para crear una nueva cultura, una cultura que incluirá la producción de nuevos paisajes y de nuevos significados en los paisajes que ya habitamos» (Cosgrove, 1983: 9-10).

3.1. El «giro» cultural

A partir de finales de la década de 1980 la geografía (sobre todo británica) vive un importante «giro» hacia lo cultural³. Sin embargo, la expresión de la geografía cultural dentro de la categoría de «nuevas geografías» en expansión poco o nada tiene que ver con el enfoque «radical» representado por el texto de Cosgrove (1983), y que apelaba al proyecto inicial de los estudios culturales. Si bien no puede decirse que la geografía cultural haya abandonado su proyecto político en la teoría, se van haciendo explícitas las dificultades a la hora de llevar a la práctica una investigación crítica y comprometida. Así, con la institucionalización de este «nuevo» campo de la geografía se genera paralelamente una corriente de críticas que pronto pondrán en duda el valor de las aportaciones del giro cultural. Estas críticas, de hecho, se han desarrollado más allá de los límites disciplinares y es frecuente verlas también dirigidas a los estudios culturales actuales.

Uno de los principales motivos de crítica del giro cultural en geografía es que éste haya implicado una culturalización de la misma. La geografía cultural ha tendido a reproducir el tipo de ítems que caracterizan la agenda de los estudios culturales (por ejemplo, el feminismo, el análisis textual, los estudios sobre las subculturas, sobre el racismo, sobre cultura popular, sobre identidad nacional, sobre consumo...). Esta importación de temas no ha permitido un verdadero desarrollo de un trabajo interdisciplinar, donde se tengan en cuenta aquellas perspectivas, como la economía política (Sayer 1994, 2000) o la sociología (Philo 1991), que han sido olvidadas en la actual agenda de los estudios culturales, pero que fueron interpeladas por la geografía crítica ya en los años 80 (Gregory y Urry 1985).

Por otro lado, también pueden hacerse objeciones a la forma en que las «nuevas geografías» que se constituyen alrededor del giro cultural se han erigido a menudo como las etapas superiores del desarrollo de la geografía humana (lo que conlleva una lectura simplificadora

3 Si bien en la década de los ochenta la relación entre estudios culturales y geografía cultural era básicamente unidireccional, en tanto que eran los geógrafos quienes importaban las ideas de los estudios culturales para la formulación de sus objetos de estudio (Burgess i Gold, 1985; Jackson, 1989), en la década de los noventa aumentó considerablemente el número de obras compartidas por autores de ambos campos (Bird et al. 1993; Carter et al. 1993; Morley y Robins 1995). Un ejemplo del acercamiento mutuo entre geografía cultural y estudios culturales lo tenemos en la multiplicación de congresos (Londres en 1987, Edimburgo en 1991 y Oxford en 1997) donde se discuten los puentes existentes entre las ciencias sociales y las humanidades, entre el giro cultural en geografía y el giro geográfico en los estudios culturales. La importancia de estos actos queda reflejado en la copiosa literatura que han generado (Cook et al. 2000; García Ramón 1999; Philo 1991, 1999). Para un ejemplo de la aproximación a la geografía cultural desde los estudios culturales de la comunicación en España ver Clua (2001).

del tipo de investigación crítica que se ha desarrollado hasta la irrupción del giro cultural). Desde esta perspectiva, la evolución de la geografía cultural no se puede reducir a un simple «quemar etapas», a un negar lo «viejo» en nombre de lo «nuevo». Podemos criticar, por ejemplo, que muchos autores consideren la aparición de las nuevas geografías de finales de los ochenta como una respuesta a las limitaciones de la aportación del marxismo a la teoría de la cultura (Barnett 1998)⁴.

Andrew Sayer (2000) propone una reflexión sobre el hecho de que las «nuevas geografías» inspiradas en el «giro cultural» sean consideradas como la superación de la geografía marxista. Según este autor, la crítica que ha reducido al marxismo a su expresión «vulgar» ha comportado que las «nuevas geografías» se hayan desentendido demasiado fácilmente de las implicaciones de la economía en la cultura y de la cultura en la economía. Esta simplificación hace que del «materialismo vulgar» se haya pasado a un «culturalismo vulgar» que «ignora o reduce la economía tanto como el materialismo vulgar [ignoraba o reducía] la cultura» (Sayer 2000: 166). Es decir, el intento de huir del determinismo económico ha conducido a los investigadores a un nuevo determinismo, esta vez cultural⁵.

Existen, por otro lado, otro tipo de objeciones a la forma en que se están expresando las «nuevas geografías culturales». En este caso, las críticas se han centrado en el hecho de que haya aumentado la distancia entre la investigación producida en Gran Bretaña (donde ha habido un pronunciamiento mucho más explícito en la línea de los planteamientos epistemológicos de los estudios culturales) y la investigación producida en otros lugares (por ejemplo, las geografías culturales desarrolladas en Estados Unidos o en Francia, a las que a menudo se ha tendido a identificar como geografías saueriana y vidaliana, respectivamente).

No obstante, las «nuevas geografías» surgidas alrededor del «giro cultural» no son sólo unas geografías muy británicas, sino que han acabado siendo muy anglosajonas en la medida en que el debate que han generado ha tendido a resumirse en lo que debían decirse entre sí Gran Bretaña y Estados Unidos. Esta bipolarización del debate ha establecido, por otro lado, unos centros y unas periferias que no hacen justicia al interés de algunas propuestas que se han desarrollado en lugares de habla no inglesa. Enric Mendizábal (1999) ya ha expuesto las limitaciones que comporta reproducir la idea de que la geografía cultural tiene un «centro» anglosajón (que está al día de las «nuevas» expresiones de la geografía) y unas periferias (una primera periferia francesa y una segunda periferia donde se colocan el resto de países) de las que no se sabe gran cosa⁶.

4 Clive Barnett, por mencionar un caso, observa las «nuevas geografías» culturales como una superación de las geografías marxistas previas. Su planteamiento pretende demostrar que el aporte crítico de la geografía cultural le debe mucho más al postmodernismo. No obstante, como veremos en el apartado 5, Edward Soja (1989, 1996) ya se ha encargado de argumentar que marxismo y postmodernismo no deben ser considerados como dos líneas antagónicas de pensamiento.

5 Ver la interesante reflexión que también hace Don Mitchell (1995) sobre las posturas culturalistas que no tienen en cuenta las cuestiones estructurales en sus planteamientos.

6 Es de especial interés la presentación que hace Mendizábal de las aportaciones brasileña, italiana y española a la «(nueva) geografía cultural». Para una mayor profundización en el trabajo realizado en Francia, consultar Collignon (1999), Claval (1995, 1999), así como la revista *Géographie et Cultures*, fundada por este último autor. Sobre los aportes más recientes de la geografía cultural española ver García Ramón, Albet, Zusman (2003).

4. UNA PRIMERA PROPUESTA PARA LA AGENDA DE LA GEOGRAFÍA CULTURAL: POLÍTICAS DE IDENTIDAD VERSUS POLÍTICAS DE RECONOCIMIENTO Y REDISTRIBUCIÓN

Uno de los aspectos más desarrollados dentro de los estudios culturales y de la geografía cultural ha sido el proceso de constitución de identidades de género, étnicas, religiosas, lingüísticas o geográficas. En general, este tipo de trabajos analizan procesos de subjetivación de ciertas comunidades, sus acciones cotidianas, como las prácticas de consumo y la constitución de lugares de referencia. En general carácter etnográfico del análisis prima por sobre el estudio de las prácticas de exclusión y de elaboración de propuestas políticas emancipatorias⁷.

Frente a la banalización de los estudios identitarios, algunos autores han desarrollado una propuesta más comprometida políticamente a partir de articular una propuesta teórica con una política. Este es el caso del abordaje de la filósofa y politóloga feminista Nancy Fraser. La mutua determinación entre los conceptos de clase e identidad se hacen presente a partir de la forma en que concibe las nociones de redistribución (aspectos económicos) y reconocimiento (aspectos culturales). El análisis de ambas nociones desde una visión normativa⁸ y de la teoría social muestra la relevancia que la interdisciplinariedad adquiere para el análisis que la autora propone.

Así, desde una perspectiva normativa, Fraser asocia las ideas de redistribución y reconocimiento al ámbito de la justicia social. Esto significa que la justicia se entiende en los términos alcanzar lo que ella llama la «paridad participativa». La paridad participativa consiste en un conjunto de arreglos que permite el establecimiento de relaciones de igualdad entre los distintos miembros de la sociedad. Fraser considera que, para alcanzar tal paridad, primero es necesario un análisis que permita la construcción de esta normativa. Y desde su punto de vista, este tipo de tarea quedaría a cargo de la teoría social. En este contexto, los conceptos de redistribución y reconocimiento adquieren otra dimensión. Ellos se convierten en perspectivas de análisis aplicables a un mismo tipo de práctica⁹.

En la perspectiva normativa una concepción de la justicia bidimensional (redistribución y reconocimiento) garantizaría la paridad de participación (Fraser, 1999: 37). Pero, para ello se

7 En este contexto, un apartado especial merece la cuestión de la multiculturalidad, concebida como la convivencia y tolerancia entre grupos identitariamente diferenciados en un mismo lugar. Esta propuesta académica basada en la «celebración de las diferencias» ha dado pie a políticas que frente a la inmigración promueve más la guettización que mestizaje en la medida que los elementos locales, se siguen manteniendo idealmente puros, y la asimilación (a la sociedad local) que la integración (proceso que significa un intercambio entre pautas culturales de unas y otras sociedades sin jerarquías impuestas).

8 El campo de la teoría normativa es aquel que ofrece un contrapunto a las teorías positivas. En lugar de analizar el objeto de estudio por «lo que es» se analiza por «lo que debe ser». A través de la teoría normativa las cuestiones de justicia social, la moral y el compromiso político son incorporadas al quehacer científico.

9 La postura de Nancy Fraser es criticada por Iris Young quien considera su propuesta como un tipo ideal, con poco referente en la realidad. Young sostiene que las luchas por el reconocimiento incluyen en sí mismas las de igualdad económica y social. Según Young, si bien la diferenciación que hace Fraser entre políticas de redistribución y reconocimiento, se presenta como una distinción analítica, puede acabar creando tensiones que tienen que ver con la forma de elaborar un dispositivo teórico dicotómico más que con la actuación de los colectivos que luchan por su visibilización (Young, 1997).

precisa que la redistribución de los recursos materiales sea tal que asegure a sus participantes independencia y voz. A su vez, los patrones culturales institucionalizados deben asegurar respeto e iguales oportunidades a todos los participantes.

Por su parte, la teoría social debería identificar los grupos sociales que deben ser objeto de reconocimiento, el tipo de reconocimiento a que estos deben estar sometidos, en qué contexto, y qué obstáculos (de la estructura o jerarquía social) deben superar para alcanzar una paridad participativa. Para Fraser, ello significa analizar la articulación de la economía y la cultura en el marco de la sociedad capitalista. Según esta politóloga, las relaciones económicas permean a la sociedad, pero ella reconoce también cierta autonomía del ámbito cultural y del político. Esto implica por ejemplo, que la desigual distribución no se puede derivar de la falta de reconocimiento y la falta de reconocimiento tampoco se puede derivar de la desigual distribución. Entonces, toda práctica puede ser, a la vez, económica y cultural pero no necesariamente en igual proporción. En este contexto entonces, reconocimiento y redistribución se convierten en dos categorías analíticas.

Como ejemplo, Fraser (1999: 31) analiza las connotaciones económicas y culturales de la categoría de género en la sociedad capitalista. Así la constatación de que el género actúa en la división de trabajo productivo remunerado y trabajo productivo no remunerado (doméstico), o la verificación que los salarios que reciben los hombres suelen ser mayores que los que reciben las mujeres lleva a que, desde el punto de vista económico, la cuestión de género se asimile a la cuestión de clase, requiriendo la aplicación de políticas redistribucionistas. Pero también desde una perspectiva cultural el género se asimila a las definiciones de sexualidad institucionalizadas que crean discriminación social. Así, por ejemplo, las leyes, las políticas estatales y las prácticas sociales sitúan a la mujer (y, a nuestro parecer también a otras expresiones de la sexualidad como lesbianas, gays, transexuales) en una situación de subordinación. En este caso, son las políticas de reconocimiento las que tienen que orientarse a resolver este tipo de discriminaciones.

En síntesis, la perspectiva de Fraser pretende atacar tanto en términos teóricos como normativos las diferencias identitarias fusionadas con las distinciones de clase. Además, a partir de esta postura busca superar la dicotomía economía/cultura. En sus palabras, su propuesta constituye un «marco comprensivo que incorpora tanto la redistribución como el reconocimiento, de manera que la injusticia puede ser desafiada desde dos frentes» (Fraser, 1999: 48).

5. UNA SEGUNDA PROPUESTA PARA LA AGENDA DE LA GEOGRAFÍA CULTURAL. LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TEORÍA CRÍTICA SOBRE LA RELACIÓN ESPACIO-CULTURA, SEGÚN EDWARD SOJA

A esta altura de nuestra reflexión cabría preguntarnos sobre la forma en que el espacio ha sido trabajado desde la geografía cultural y sobre la forma de resignificar estos abordajes para adecuarlos a nuestro particular interés: ofrecer algunas herramientas para reconsiderar una teoría crítica sobre la relación entre espacio y cultura.

En general, los estudios culturales analizan las prácticas culturales insertadas en contextos donde el espacio se convierte en una especie de contenedor en el que se inscriben la diferencia, la memoria histórica, y la organización social (Gupta y Ferguson, 1992: 7). A cada grupo diferenciado (pero homogéneo en su interior) corresponde en forma directa un lugar

determinado. De esta manera el papel que se le otorga fundamentalmente a la idea del espacio es el de la localización de los grupos culturalmente diferenciados y, por lo tanto, de la fragmentación espacial.

En este contexto y frente a esta fragmentación, cabría preguntarse entonces si la relación espacio-cultura no puede ofrecer propuestas teóricas interpretativas críticas que interactúen con aquellas que se han elaborado a partir de la relación entre espacio-política o espacio-economía (Smith, 1993; Harvey, 2003). Esto permitiría comprender, por ejemplo, el papel de la diferencia en la definición de políticas de escala o de las nuevas reconfiguraciones espaciales.

Creemos que el texto de Edward Soja *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places* ofrece un marco para la elaboración de un proyecto académico de este cariz. En primer lugar, a partir de la lectura de Lefebvre, Soja recupera el compromiso político en el proyecto académico. En segundo lugar, realiza una interpretación particular del espacio que permite la interacción entre elementos materiales y simbólicos donde se incorpora la idea de la diferencia y se articulan las múltiples escalas (*Third Space*). En tercer lugar, su propuesta se presenta como una interpretación crítica del espacio en la sociedad.

Soja centra su atención en el hecho de que la llegada del posmodernismo deja al descubierto la falta de interés que la teoría social había mostrado hasta entonces en relación al espacio. La teoría social, dice el autor, tradicionalmente ha tomado en cuenta la historia, la temporalidad de las relaciones humanas, pero ha pasado por alto su espacialidad. Para Soja, el posmodernismo ayuda a romper los binarismos que rigen en el pensamiento moderno, ofreciendo una alternativa, una tercera vía, que es también la vía de expresión de una política cultural de la diferencia.

Por lo tanto, el autor, no se limita a recuperar el espacio como el «espacio real» (al que denomina *Firstspace*) o como el «espacio imaginario» (al que llama *Secondspace*), sino que reivindica «otra» forma de concebirlo: una forma «simultáneamente real e imaginada, y algo más» (Soja, 1996: 11). Es decir, una forma que sustituye la expresión: «espacio real/espacio imaginario» por la expresión «ambas cosas/ y otras más...» Esto es lo que da lugar al «tercer espacio» (*Thirdspace*) u «Otros espacios». Concretamente, el autor habla de «la creación de otra forma (postmoderna) de concebir el espacio que explique los espacios materiales y mentales del dualismo tradicional pero que al mismo tiempo se extiende más allá de su proyección, sustancia y significado (Soja, 1996:11). Además, Soja, desarrolla, desde una perspectiva marxista, la concepción de una política cultural donde el espacio, el conocimiento y el poder se entrecruzan históricamente para dar forma a los «espacios de representación» social y a la «representación de los espacios» sociales.

Soja reconoce a Henri Lefebvre como uno de los precursores de estas ideas y reivindica una mayor atención sobre «otros espacios» (donde se pueden expresar la alteridad y la diferencia) haciendo su contribución tanto a la teoría social como a la geografía. La aportación de Lefebvre a la teoría espacial es, según Soja, esencial a la hora de reivindicar un tipo de pensamiento «radicalmente abierto» en esta inclusión del espacio en la teoría social. Soja defiende a Lefebvre no sólo por su aportación teórica sino por su forma de demostrar a lo largo de su trayectoria que reflexionando sobre la cuestión del espacio se puede ser idealista (hegeliano) sin tener que renunciar a ser materialista (marxista), así como se puede ser posmoderno sin tener que renunciar a ser políticamente comprometido.

La apertura radical de Lefebvre infundió unas dimensiones al marxismo (y al *Thirdspace*) que muchos marxistas (y analistas del espacio) nunca hubiesen soñado que estuviesen allí. Fue el marxismo (y el *Thirdspace*) intencionadamente incompleto, infinitamente explorable, resistente al cierre y a la definición categórica fácil, pero (fue) persistentemente fiel de espíritu y atento con Marx (Soja, 1996: 36).

Las ideas de Lefebvre, concretamente, abrieron la posibilidad de pensar en un espacio más allá de la dicotomía que el pensamiento moderno erigía entre el espacio físico y el espacio mental (dando pie a una epistemología basada en la separación entre el objeto y el sujeto, así como la tradicional separación disciplinaria del estudio del espacio). Lefebvre también hizo posible pensar más allá de la dialéctica marxista basada en el materialismo histórico. A la historicidad y al carácter social de las relaciones humanas descritas por Marx (relaciones de producción en un mundo capitalista) cabría agregar la espacialidad. Lefebvre llamará a esto «triple dialéctica», insistiendo en que lo social, lo histórico y lo espacial tienen tanto de real como de simbólico (Soja decide denominar a esto «trialección»). A la pregunta «¿Es la conciencia la que produce el mundo material o el mundo material produce la conciencia?», Lefebvre responderá sí a ambas cosas, agregando que, además, siempre podrá haber una respuesta alternativa que vaya más allá de las formulaciones restrictivas (propias de la expresión científica, la expresión social, de la expresión política hegemónicas).

Lefebvre argumentó la necesidad de luchar *pour le droit à la différence*, el derecho a la diferencia, a ser diferente, contra las crecientes fuerzas de homogeneización, fragmentación y de poder ordenado jerárquicamente, que definen la geografía específica del capitalismo. Localizó estas luchas por el derecho a ser diferente en diversas escalas, comenzando significativamente por el cuerpo y la sexualidad y continuando, a través de las formas construidas y el diseño arquitectónico, hasta llegar a la espacialidad del hogar y de las construcciones monumentales, los barrios urbanos, la ciudad, la región cultural, y los movimientos de liberación nacional, hasta respuestas más globales al desarrollo geográfico desigual, y al subdesarrollo. (Soja, 1996: 35).

Según Soja, Lefebvre incluyó estas luchas por el derecho a la diferencia en la dialéctica entre centro y periféricas, incorporando en sus análisis la apertura de un nuevo dominio, un espacio para la **resistencia colectiva**. Este «*Thirdspace* de opción política» constituye, según el autor, un espacio de encuentro, abierto, que da lugar a nueva forma de ciudadanía.

6. CONCLUSIONES

La propuesta de desarrollar un estudio crítico de la relación entre espacio y cultura parte de la defensa de un saber interdisciplinar y comprometido políticamente. La reflexión que hemos llevado adelante, a partir del trabajo previo de los textos de algunos autores, demuestra que hay un bagaje de conocimientos que sustenta este tipo de abordaje alternativo en los estudios culturales y la geografía cultural.

Una discusión teórica como la que estamos realizando busca superar las limitaciones que muestran algunos estudios empíricos en sus análisis fragmentarios de las identidades y sus connotaciones espaciales. A la vez, pretende ofrecer instrumentos que contribuyan a la acción política. En este sentido, la articulación entre el planteamiento de Nancy Fraser y el de

Edward Soja abre un camino para pensar la relación espacio-cultura desde una postura reflexiva y atenta a la posibilidad de cambio. De hecho, ambos autores creen en la necesidad de vincular las dimensiones materiales y simbólicas desde el punto de vista ontológico. Desde el punto de vista político, ambos persiguen contribuir a una nueva forma de pensar la sociedad. Así, mientras Fraser manifiesta su interés por abolir los problemas de distribución y falta de reconocimiento de las diferencias, Soja propone un *Thirdspace* de opción política como espacio de resistencia y redefinición de la ciudadanía.

En el actual contexto político nuevas voces aparecen constituyendo lugares de participación social. En este marco, y a partir de la propuesta teórica expuesta hasta ahora, se nos abre una agenda de temas de investigación. A continuación, y para finalizar, enumeramos algunas de estas líneas. Estas, al mismo tiempo que no son excluyentes entre sí, tampoco pretenden agotar otras posibilidades.

- Análisis de las nuevas formas (institucionalizadas o no) de circulación de la cultura y su contribución, tanto a la definición de nuevos espacios públicos (internet) como a la redefinición de los espacios tradicionales (la calle).
- Análisis de las políticas culturales en la definición/planificación de la ciudad y sus implicaciones en términos de redistribución y reconocimiento.
- Análisis de los espacios de expresión de la participación y creación de una nueva forma de cultura política. Movimientos sociales: Desde Davos y Porto Alegre hasta las asociaciones de vecinos.
- Análisis de la reterritorialización de las relaciones internacionales a partir de nuevos flujos económicos y culturales globales.
- Análisis de la reterritorialización de las relaciones laborales en diferentes escalas, en el marco del capitalismo avanzado, con especial énfasis en la construcción de nuevos espacios de explotación y desigualdad.
- Análisis de las implicaciones culturales de políticas migratorias, de género, religiosas, lingüísticas en la definición de nuevos espacios de exclusión y de resistencia.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo no hubiera sido planteado sin el aporte de las ideas y afectos generados en el grupo de discusión del libro *Spaces of Hope* de David Harvey. Gracias, Sergio, Roberta, Davide, Betta, Abel, Enric y María Dolors.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNETT, CLIVE (1998): «The Cultural Turn: Fashion or Progress in Human Geography?» en *Antipode*, 30 (4): 379-394.
- BIRD, JOHN; BARRI CURTIS, TIM PUTNAM, GEORGE ROBERTSON Y LISA TICKNER (eds.) (1993): *Mapping the futures. Local cultures, global change*. Londres y Nueva York: Routledge.
- BURGUESS, JACQUELIN Y R. GOLD (eds.) (1985): *Geography, the media and popular culture*. Londres: Croom Helm.

- CARTER, E.; DONALD, J. Y SQUIRES, J. (eds.) (1993): *Space and Place: Theories of identity and location*. Londres: Lawrence & Wishart.
- CLAVAL, PAUL (1995): *La géographie culturelle*. Paris: Nathan.
- (1999) «Los fundamentos actuales de la geografía cultural», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34: 25-40.
- CLUA, ANNA (2001): La Noció d'espai en la definició dels contextos de la recepció dels mitjans de comunicació: una aproximació des de les perspectives crítiques dels estudis culturals i de la geografia cultural. Tesis doctoral. Facultat de Ciències de la Comunicació, Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- COLLIGNON, BÉATRICE (1999): «La geografía cultural en Francia: un estado de la cuestión», en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34: 103-117.
- COOK, IAN; DAVID CROUCH, SIMON NAYLOR Y JAMES R. RYAN (eds.) (2000): *Cultural Turns/Geographical Turns: Perspectives on Cultural Geography*. Harlow: Pearson Education.
- COSGROVE, DENIS (1983): «Towards a radical cultural geography: problems of theory», en *Antipode: A Radical Journal of Geography*, 15 (1): 1-11.
- FRASER, N. (1999): «Social Justice in the Age of Identity Politics: Redistribution, recognition and Participation» In: Ray, L., Sayer, A. (eds) *Culture and Economy after the Cultural turn*, London, Sage: 25-52.
- GARCIA RAMON, MARIA DOLORS (1999): «Canvi o continuïtat en la geografia cultural? Notes a l'entorn de *Cultural Turns/Geographical Turns* (Oxford, setembre de 1997)», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34: 135-140.
- GARCIA RAMON, MARIA DOLORS; ALBET, ABEL Y ZUSMAN, PERLA (2003): «So does social and cultural geography exist in Spain?», *Social and Cultural Geography* (en prensa).
- GREGORY, DEREK Y JOHN URRY (eds.) (1985): *Social Relation and Spatial Structures*. Londres: Macmillan.
- GUPTA, A., FERGUSON, J. (1992): «Beyond 'culture': Space, Identity, and the politics of Difference», *Cultural Antropology*, Vol. 7 (1) págs. 6-23.
- HALL, STUART (2000): «Los estudios culturales y sus legados teóricos», en *Voces y Culturas*, 16: 9-27. Original en inglés (1992) «Cultural Studies and its Theoretical Legacies», en Lawrence Grossberg, Cary Nelson y Paula Treichler (eds.) *Cultural Studies*, págs. 277-294. Nueva York, Londres: Routledge.
- HARVEY, D. (2003): *Espacios de Esperanza*, Barcelona: Akal.
- JACKSON, PETER (1989): *Maps of meaning. An introduction to cultural geography*. Londres: Unwin Hyman.
- MENDIZÀBAL, ENRIC (1999): «Algunes reflexions sobre la (nova) geografia cultural des de la perifèria», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34: 119-132.
- MITCHELL, DON (1995): «There is no such thing as culture: towards a reconceptualization of the idea of culture in geography», en *Transactions of the Institute of British Geographers*, 20: 102-116.
- MORLEY, DAVID Y KEVIN ROBINS (1995): *Spaces of Identity: Global Media, Electronic Landscape and Cultural Boundaries*. Londres y Nueva York: Routledge.
- PHILO, CHRIS (ed.) (1991): *New Words, New Worlds. Reconceptualising Social and Cultural Geography*. Lampeter: St. David's University College (Social and Cultural Study Group).

- (1999): «Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al «giro cultural» y a la geografía social», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 34: 81-99.
- SAYER, ANDREW (1994): «Cultural Studies and 'the economy, stupid'», en *Environment and Planning D: Society and Space*, 12: 635-637.
- (2000): «Critical and uncritical cultural turns», en Cook et al. (eds.) *Cultural Turns/Geographical Turns*, págs. 166-181. Harlow: Pearson Education.
- SMITH, NEIL (1992): «Geography, difference and the 'politics of scale'», en Doherty, J., Graham, E., Malek, M. (eds) *Postmodernism and the Social Sciences*. London: Macmillan, 57-79.
- SOJA, EDWARD (1989): *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Social Theory*. Londres: Verso.
- (1996): *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places*. Malden, Massachussets (EEUU), Oxford (GB): Blackwell.
- YOUNG, IRIS (1997): «Unruly categories: A critique of Nancy Fraser's Dual System Theory», *New Left Review*, 222, págs. 147-160.

